

Palabras del Cardenal Robert McElroy en la Misa por la Paz en la Catedral de Urakami

9 de agosto de 2025

En mi primera visita a Nagasaki hace tres años, hubo tres momentos que me conmovieron profundamente. El primero fue mi visita al Museo de los Veintiséis Mártires. El segundo fue mi visita al Museo de la Bomba Atómica de Nagasaki. Y el tercero fue mi visita a la Catedral de Urakami.

El Museo de los Mártires me transmitió la profunda fe católica de quienes la valoraban tanto que estaban dispuestos a dar la vida por defenderla. Sus historias de valentía y sacrificio, fortaleza y amor por Cristo fueron y siguen siendo un testimonio vívido de las antiguas raíces de la Iglesia aquí en Japón y de la vitalidad de la comunidad católica en esta ciudad, que perdura hasta el día de hoy. Al recorrer su peregrinación de sufrimiento, se unieron a Jesucristo de una manera perdurable e inspiradora que irradia gracia a todos los que contemplamos el amor que hemos recibido en Jesucristo.

El Museo de la Bomba Atómica me habló del indefendible bombardeo que mi nación infligió al pueblo japonés y del poder de las armas nucleares que acecha al mundo moderno. El testimonio de estos días conmemorativos constituye un llamado de sirena para que el mundo entero se aleje de la locura nuclear que amenaza con engullirnos mediante la modernización de los sistemas de armas nucleares existentes y la proliferación de armas entre nuevas naciones. Puede que los Hibakusha estén disminuyendo en número, pero su testimonio heroico es la conciencia de Japón ante el mundo, recordándonos los peligros que ignoramos en el momento actual.

Pero si bien mi visita al Museo de los Mártires me recordó las raíces de la Iglesia en Japón, y el Museo de la Bomba Atómica me recordó la barbarie de la que somos capaces, como seres humanos, en nuestros peores momentos, fue esta Catedral la que tuvo el impacto más profundo en mí. Porque representaba en su esencia una esperanza pura e inagotable: la esperanza que no olvida ni minimiza las tragedias del pasado, sino que encuentra en ellas momentos de gracia, amor y valentía. La decisión de reconstruir esta Catedral en este lugar, los sacrificios de la comunidad católica que lo hicieron posible y el restablecimiento de una vibrante comunidad de fe en este sitio fueron para mí una señal del triunfo de Dios sobre toda forma de sufrimiento humano y de su promesa de acompañarnos siempre, y especialmente de cerca, en nuestros momentos de mayor sufrimiento. El florecimiento y la alegría de esta comunidad y de este lugar son abrumadores, especialmente hoy.

Me sorprende que mis tres visitas de hace años señalen los cimientos de la verdadera paz en el mundo. El Museo de los Mártires señala la necesidad de una verdadera fe en Dios,

autor y Príncipe de la Paz. El Museo de la Bomba Atómica habla de la necesidad de reconocer las trágicas fallas humanas que producen guerras, inflaman el odio e infligen heridas dolorosas. Y la reconstrucción de esta gran Catedral nos brinda una esperanza inmensa, una estrella que nos sostiene y nos guía hacia la paz incluso cuando parece lejana. Así, en esencia, esta iglesia local de Nagasaki es un faro para todos nosotros, para que permanezcamos fieles en el camino hacia la paz al que el Señor nos llamó en sus primeras palabras después de la Resurrección.

Al partir para regresar a Estados Unidos, me llevo nuevos y conmovedores recuerdos de fe, valentía, compasión y alegría. Y por ese gran regalo de ustedes, Arzobispo Nakamura, y de toda la Iglesia de Japón, estoy inmensamente agradecido. Que el Señor los bendiga siempre.